

Ghetto y poesía

La pérdida del hogar lingüístico

George Steiner ha reflexionado sobre la literatura contemporánea desde el motivo de la pérdida de un hogar lingüístico. "Ningún otro exilio puede ser más radical, ninguna otra hazaña de adaptación a una nueva vida puede ser más exigente. Nos parece adecuado que los que producen arte en una civilización casi bárbara, que ha despojado de su hogar a tantas personas y arrancado lenguas y gente de cuajo, sean también poetas sin casa y vagabundos atravesando diversas lenguas".

Resulta interesante confrontar las ideas de Steiner sobre la pérdida de la "casa del lenguaje" con la situación que vivieron poetas y narradores del Cono Sur, al enfrentarse a la paradoja de tener que trabajar con la misma lengua que durante las dictaduras militares de la década de 1970 se usaba para justificar el asesinato, nombraba para hacer desaparecer y establecía un silencio ominoso sobre aquello cuya existencia negaba. El lenguaje de una comunidad se encuentra comprometido en las relaciones de exterminio y silencio pues ellas lo contaminan: no hay lenguaje inocente.

Si bien la tentación de escribir en "la lengua propia" sea el "único regreso del exilio que uno nunca consigue desterrar del todo de sus sueños" (Hannah Arendt), la poesía y la narrativa escritas en América del Sur se vieron obligadas a hacer literatura en el seno de una sociedad que sostenía esta lengua culpable. Trabajar con esa lengua desgarrada, corroida, cuya capacidad enunciativa misma se encontraba en cuestión, supuso encontrar los modos, muchas veces no referenciales, de resistir: de construir una casa con palabras donde habitar volviera a ser posible.

Kamenszain escribe los poemas que componen su tercer libro. La casa grande, durante su exilio en México. Si bien es cierto que en toda autobiografía el yo escribe siempre desde otro lugar, esta verdad general adquiere una realidad concreta en el caso del exilio ya que quien escribe lo hace literalmente desde otro país, desde otra cultura o incluso desde otra lengua. El yo lírico y su pasado se excluyen el uno al otro, están escindidos: el pasado sólo puede ser integrado al presente mediante el ejercicio de la nostalgia.

Lugar amorfo escrito en el pasado
cementeno de niños, patio
detenido en ademán de rondas.
(Tamara Kamenszain)

La casa grande refiere a la casa de la infancia, a la casa de los ancestros, de los abuelos judíos inmigrantes. Es la morada elegida para trazar la búsqueda de un origen del que sólo quedan trinos, hilvanes, ropajes raídos, fotos sepias, hebras distraídas, algún ropero abandonado. El yo lírico privilegia una mirada microscópica de esos restos cuya existencia secreta y esquiva produce un saber sobre el pasado que paradójicamente sólo adquiere su valor pleno con la desaparición irreversible del referente al que remiten.

A las figuras artesanales de la costurera y de la bordadora, de la que comercia con restos y remiendos, la poeta agrega otras que atan infancia, lenguaje y maternidad vinculando de algún modo la persistencia de la identidad grupal al ciclo natural de la repetición genealógica que mantiene unida la cadena de herencias que conforman el pasado familiar.

Diálogo peregrino con los padres
picotea de un lenguaje antiguo que
ató el cordón al cinturón del habla
y a la sombra de ese pacto se descarga.
Crbol de verbos genealógicos, en-
ramado refranero de la casa
quien conversa, en él encuentra el surco
donde rastrear el eco de su charla.
Huella de estabones dibujando una
voz en cadena que al estilo engancha
en esa herencia de tramas forzadas.
Si escucha el hijo vuelve a conectarla.

Como se sabe, en el pasado, los judíos vivieron en una situación de aislamiento físico (recluidos en barrios especiales) respecto de sus compatriotas de otras religiones. En la mayoría de los casos, esta reclusión implicaba también un aislamiento social, cultural, y por supuesto, lingüístico. Los judíos desarrollaron así unas formas particulares de hablar, tanto a causa de sus peculiaridades culturales como por un sentido de autodefensa, o sea para poder comunicarse entre ellos sin ser comprendidos.



George Steiner

Tengo un
libro de poemas de mi padre
que me trae una idea de mi
madre.
Tengo un libro de poemas
de mi madre que me trae
una idea de mi padre.
Tengo un libro de poemas
de mi padre que me trae
una idea de mi madre.
Tengo un libro de poemas
de mi madre que me trae
una idea de mi padre.
Tengo un libro de poemas
de mi padre que me trae
una idea de mi madre.
Tengo un libro de poemas
de mi madre que me trae
una idea de mi padre.
Tengo un libro de poemas
de mi padre que me trae
una idea de mi madre.



Tamara Kamenszain

Es posible preguntarse si las lenguas, como los hombres que las habitan, son mortales. El yiddish y el judío español, también llamado ladino, responden a dos grupos de inmigrantes judíos radicados en América del Sur que por su origen y trayectoria tuvieron lenguas, tradiciones, emociones y comidas diversas: ashkenazíes y sefaradíes. Mientras los grupos que las hablaban se encontraban en una situación de marginación y hostilidad y necesitaban comunicarse sin comprendidos, mantenerse cohesionados y distinguirse de otros grupos, estas lenguas tuvieron sentido. En el caso de los descendientes de inmigrantes, los proyectos estatales de integración nacional y el propio deseo de los nuevos ciudadanos hicieron que, con el correr del tiempo, los decires de los ancestros se volvieran lejanos.

Hija de un linaje que escucha de modo imperfecto el susurro de las voces antiguas, Kamenszain, en el poema citado, utiliza la expresión "picotea" para referirse a su relación con "un lenguaje antiguo que ató el cordón al cinturón del habla", para señalar su relación fragmentada o granular con esa lengua de la que se alimenta pero que sólo recibe en pequeñas porciones.

La idea de este "lenguaje antiguo" como huella y resto se suma a otros restos del pasado familiar, de los que Tamara Kamenszain se presenta como custodia o cuidadora. En sus análisis sobre los álbumes de fotografías como archivos familiares, Armando Silva observa con acierto como generalmente son las mujeres las encargadas de narrar y conservar el pasado familiar: "El álbum es de la mujer como su casa. Es la manera de traer el exterior (las ceremonias, los paseos, las fiestas, los viajes, el trabajo) a los límites de la casa, pero sin duda para desmaterializarlo como espacio y hacer de la experiencia más bien una instalación temporal, pues la foto aparece como de otra parte, sin lugar" (1998:155).

En los poemas de La casa grande, la mujer aparece tanto ligada a la vida en su función maternal de generadora del "tejido de la especie" (Kamenszain, 1986: 46), como ligada a la muerte en su función de custodia de los restos:

Quien la memoria narra de estos muertos
elige repachar hasta la nada
desde el izquierdo margen lastimoso.
Ruta de hormigas atareadas las
palabras entre lápidas caminan.

Quien custodia los restos de la memoria familiar tiene en cuenta la verdad de que nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido completamente. El pasado lleva consigo un secreto índice que permite la redención: "¿Acaso no nos roza un hábito del aire que envolvió a los precedentes? ¿Acaso no hay en las voces a las que prestamos oídos, un eco de otras, enmudadas ahora?" (W. Benjamin). Para quien los custodia, los restos no son nunca ruinas, sabe, como Benjamin que hay dimensión abierta e indeterminada en el pasado que en el presente pueden desatarse a porvarines múltiples.

Es imposible articular los recuerdos, las experiencias sin los lugares en los que fueron vividos. El espacio físico se transforma así en espacio biográfico. Hay lugares protegidos para recordar, y desde donde recordar, sitios privilegiados en los que se elige inscribir los recuerdos. Estos lugares de la memoria generalmente se encuentran fuera del alcance del sujeto que recuerda, ya sea porque están alejados en el tiempo o en el espacio, o porque el tiempo los ha transformado hasta dejarlos irreconocibles.